



Grupo de detenidos, con motivo de la Revolución de diciembre de 1930, en un patio de la Cárcel Modelo.

varios jefes republicanos son sacados de la Cárcel Modelo de Madrid para comparecer ante el tribunal que ha de juzgarlos. Y se da el caso curioso de que estos hombres—convictos y confesos de los hechos de que se les acusa—se yerguen en el banquillo de los acusados, acusando, a su vez, al régimen que les enjuicia. Estos hombres son los representantes de los partidos nacidos en la lucha contra la Monarquía de la Restauración. ¡Y el público, que llena la sala—caso inaudito!—, los aplaude en plena sesión juzgadora del Consejo Supremo de Guerra y Marina!

Apenas ha vencido un mes, y, estos mismos hombres, con otros más, que, ocultos en Madrid, han continuado su organización revolucionaria, sin perder el contacto con los compañeros, se reúnen en casa de Miguel Maura. A ella afluyen políticos y periodistas, que llenan el jardín, el vestíbulo, las habitaciones. El teléfono suena repetidamente, transmitiendo noticias contradictorias: "el rey está decidido a irse", "el rey ha encargado de formar Gobierno a los capitanes generales de las regiones", "se ha declarado el estado de Guerra"...

Los siete hombres, encerrados en el cuarto en que deliberan, aguardan tranquilos. La penumbra va adueñándose de las estancias, en las que la silueta gentil de la hija del futuro ministro de la Gobernación va sirviendo refrescos a los visitantes, con una sonrisa nerviosa, pero dominada.

De pronto, se abre la puerta del despacho, y



Don Miguel Maura y don Fernando de los Ríos, paseando en el patio de la Cárcel Modelo.

aparece en el marco Alcalá Zamora. Se vuelve a sus compañeros.

—Señores—les dice—: he prometido que aguardaría hasta la puesta del sol, pero no más.

Y marcha hacia el jardín. Tras él, salen Maura, Azaña, Fernando de los Ríos, Lerroux, Largo Caballero, Albornoz. Se acomodan en un automóvil que parte veloz. Inmediatamente detrás de él, va un "auto" de periodistas. Algunos entusiastas, subidos en los estribos de este último coche, se unen espontáneamente al cortejo.

Las calles céntricas, ya en plena noche, están llenas de gente, que grita, ante la vacilante inactividad de los guardias, enarbolando banderas republicanas. Los "autos" tienen que detenerse numerosas veces para no atropellar a los grupos. Algunos de los que van sobre el estribo del "auto", que camina detrás del de los jefes republicanos, señalan a este último, gritando desaforadamente:

—¡Ahí va el Gobierno de la República!  
¡Ahí van los ministros!

Del "auto" de delante asomaba, de vez en cuando, un rostro, orlado de una barbita negra, que recomendaba con voz suave:

—¡Por Dios, cállense!  
¡Es preciso que nadie se entere!

Poco después, la caravana estaba en la calle del Correo, frente a una de las puertas laterales del Ministerio de la Gobernación. Los siete hombres echaban pie a tierra y se dirigían hacia la puerta, cerrada y custodiada por unos guardias:

—¡Paso al Gobierno de la República!  
Los agentes de la autoridad vacilaron un momento, llenos de incertidumbre. Al fin, se decidieron y se llevaron la mano a la visera del casco, mientras las puertas del Ministerio se abrían para dar paso al Gobierno de la Segunda República española.

IGNACIO CARRAL



Los señores Martí Jara, Marcelino Domingo y Lerroux, en el hotel que este último posee en San Rafael, celebrando una de las reuniones preparatorias de la Alianza republicana.



Una comida en la galería de presos políticos, en la que figuran como comensales muchos que hoy son personajes del régimen.